

# Arqueología del Eje Central Lázaro Cárdenas de la ciudad de México

## Notas de las excavaciones arqueológicas de la Línea 8 del metro

*Salvador Pulido Méndez\**

Una de las principales arterias de la ciudad de México es el actual Eje Central Lázaro Cárdenas. Sin embargo, éste se puede dividir en varios tramos; uno de ellos, el más profundo históricamente hablando, es el que coincide con la ubicación de la antigua isla de Tenochtitlan, es decir —siguiendo a Caso (1956)—, al norte la avenida Rayón-Mosqueta (Eje 1 Norte) y al sur la calle de Chimalpopoca-Dr. Pascua.

Sobre esta avenida ha pasado parte de la historia de la ciudad y algo ha quedado en su fisonomía y en su estructura, tanto en lo que podemos observar cuando caminamos por ella, como por lo que existe bajo la carpeta de asfalto que ahora la cubre y que, en parte, fue recuperada con los trabajos arqueológicos motivados por la construcción de la Línea 8 del metro.

Entre septiembre de 1992 y julio de 1993, la avenida estuvo cerrada al tráfico vial para permitir la construcción de la obra mencionada. Esto originó que se realizaran trabajos de investigación, que arrojaron datos desconocidos sobre la vida de la ciudad en sus distintos momentos, y en particular sobre la zona donde se ubica la calle hasta hace poco tiempo conocida como San Juan de Letrán.

Al inicio de la investigación arqueológica, teníamos idea de los elementos urbanísticos que íbamos a localizar; sin embargo, siempre ocurre, las expectativas fueron rebasadas por los hallazgos, que impresionaron no sólo a quienes trabajamos en su recuperación, sino incluso al público en general, informado por distintos medios.

El presente artículo versa sobre estos hallazgos y los datos que fueron localizados asociados a los mismos; es un resumen tanto de los registros arqueológicos que allí se detectaron como de la revisión histórica de la ciudad, basado en documentación de archivo y en algunos libros

que se han escrito sobre la ciudad y la historia de la región en general.

### **El barrio prehispánico, de su fundación a la Conquista**

A la llegada de los mexica a la región que luego sería el asiento de su poder, ésta era ocupada por diferentes grupos que se disputaban entre sí la hegemonía política. Fueron expulsados de cada uno de los lugares de asentamiento temporal hasta que, por fin, se los dejó vivir en medio del lago, un lugar que nadie había poblado, una serie de isletas de poca extensión y muy escasa elevación respecto al nivel de las aguas.

Los mexica aprovecharon el sitio más despejado de yerbas para instalar allí el templo principal, dedicado a su dios tutelar; el resto del asentamiento estaba poblado de tulares y carrizales, como indican dos cronistas:

Este lugar manda se llame Tenochtitlan, para que en él se edifique la ciudad que ha de ser reina y señora de todas las demás de la Tierra (...) y así, hijos míos, vamos por entre sus tulares y espadañas, carrizales y espesura... (Durán, 1967: 48).

...y encomendándoles el cafo, les pidieron con muchos ruegos, que con mucha diligencia anduviesen, por todos aquellos Carrizos, y Junciales (de que toda la laguna estaba llena, y espesísima) y eligiesen lugar fequero, y bueno, donde poblar (...) y tomando en sus manos vnos bordones (en que poder hecer fuerza, para faltar pasos malos, y lugares divididos de el Agua) fueron por entre Cañas y Juncias bufcando camino, y lugares menos espesos, donde pafar... (Torquemada, 1975: 289-290).

\* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

Es posible que hacia la zona de construcción de la Línea 8 del metro no existiera tierra, y que ésta fuera fabricada con base en la elaboración de chinampas, hecho que fue constante preocupación de los mexica y que comenzó tan pronto como se establecieron en Tenochtitlan.

Esto fue observado en las distintas excavaciones que se practicaron entre las calles de Fray Servando Teresa de Mier y Chimalpopoca, así como la parte suroeste de la isla. En esta área se localizó una secuencia de sedimentos alternados de arena y limo, característica de la construcción de chinampas, además de varias estacas utilizadas para contener la tierra, conjuntamente con los clásicos ahuejotes. En el resto del tramo no se localizó esto, debido seguramente a la constante alteración del suelo desde las primeras décadas del dominio español, como se verá adelante.

De esa manera fue creciendo el suelo, haciéndose necesario renovarlo con cierta frecuencia, debido al desgaste natural que ocasionaba la pérdida de la materia orgánica necesaria para el cultivo, pero también debido a las distintas inundaciones que ya desde la época colonial se presentaron en la ciudad y que, en consecuencia, inundaban las tierras apenas sobresalientes de las aguas cuando éstas estaban en niveles normales.

De cualquier forma, ya en las fechas de mayor brillo de la ciudad prehispánica el área en cuestión formaba parte de dos de los cuatro campos: Moyotlan (al suroeste) y Cuepopan (al noroeste). De hecho, la hoy arteria vial colindaba prácticamente con los centros de las parcialidades, que distaban no más de 300 m, donde hoy se ubican el mercado de artesanías de San Juan y el templo de Santa María la Redonda.

Entre los barrios que estaban a sus lados (Cihuateocaltitlan, Tepetitlan, Atizapan, Tezcazonco o Atezcapan; Caso, *op. cit.*), Atizapan pudo ser excavado y se registraron en él restos del asentamiento indígena que allí se encontraba. Algo similar se detectó frente a la Plaza Garibaldi; sin embargo, por ser una zona de sedimentos sumamente removidos, no pudimos ubicar con precisión el lugar del asentamiento mismo.

Por el sitio cruzó uno de los tantos canales que componía la trama urbana y que después sería aprovechado por la ciudad novohispana. Al mismo lo atravesaba, o desembocaba en él, una serie de canales, cuyo trazo se dibujaba de este a oeste, y los cuales fueron localizados varios, entre los que destacan, por su estado de conservación, el ubicado en las calles de Delicias, el de Artículo 123 y el de Perú. Asimismo, en la zona de Tlatelolco se observaron huellas de los canales que allí existieron, entre los que podemos contar los de las calles Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó.

Todos ellos, de distintos anchos, estaban flanqueados por estacados de madera de roble y encino, principalmente, clavados sobre el fondo del lago, un tanto inclinados para ofrecer mayor resistencia al empuje de la tierra, evitando que ésta lo inutilizara.

Dentro de los rellenos que azolvieron los canales se localizaron tiestos de tradición Azteca III y IV, en las capas profundas, cercanas al lecho lacustre, así como materiales coloniales y resientes en capas más superficiales. De estos materiales, los coloniales tuvieron mayor presencia, lo cual lleva a pensar que aún en la época colonial eran utilizados y fueron cegados en la misma; esto significa que tuvieron un uso prolongado.

Los habitantes del área debieron pertenecer a los estratos menos ricos de la sociedad mexica, aún cuando hacia el centro de los campos debió existir un núcleo urbano de personajes de alto estatus, que vivían en edificaciones de mayor calidad, fabricadas con materiales duraderos.

En el Eje Central esquina con Victoria fueron recuperados los restos de una casa prehispánica, evidenciada por gran cantidad de fragmentos cerámicos domésticos, algunas piezas completas, unos pequeños muros de piedra de tezontle construidos sobre pilotes de madera y abundante material orgánico, todo ello a más de 3 m de profundidad. En condiciones similares se localizaron otras evidencias al sur de Fray Servando Teresa de Mier.

Un tanto distinta, por las condiciones propicias para la investigación arqueológica, fue la excavación de una unidad habitacional doméstica ubicada en la esquina de Reforma y González Bocanegra. Allí se encontraron los restos de una casa con un par de cimientos de piedra de basalto, apisonados de tierra sobrepuestos, que indican la constante renovación del piso mismo y un posible horno, entre otros elementos. Asociados a estos diferentes hallazgos se localizó cerámica Azteca III, incluyendo figurillas, por lo que deben fecharse hacia el periodo Posclásico tardío.

Del mismo periodo son algunos enterramientos localizados en el área de Tlatelolco. De ellos dos fueron localizados en una capa de la construcción, siendo dos individuos adultos, enterrados en decúbito dorsal flexionado sobre una capa de carbón, y que tenían asociada una rica ofrenda, consistente en vasijas de varios tipos (sobresallan cajetes y ollas-incensarios), figurillas, pipas y malacates. Todo lo cual fue localizado en la esquina de la calle Allende y Paseo de la Reforma.

Un poco al norte de éstos, casi en la esquina de Reforma y González Bocanegra, fue localizado un cráneo indígena con posible deformación, asociado a un hueso largo. Por la profundidad del hallazgo y la estratigrafía asociada se le atribuye la misma cronología.

## La Conquista y los primeros años coloniales

Durante la primera etapa del virreinato el hoy Eje Central fue tomado como límite poniente (Lombardo, 1970: 8; Kubler, 1989: 23) de los dos asentamientos que formaban la ciudad de México: la ciudad española y la ciudad indígena. Así, mientras se trazaba la parte española bajo cierto plan, concediéndose solares a los conquistadores (Cortés, 1970: 165), fuera de ella los indios se asentaron sin orden establecido.

Sabemos poco acerca del área en los primeros años coloniales, aunque debió verse como una secuencia de baldíos, debido a que los asentamientos indígenas eran establecidos sin orden alguno, apareciendo apiñados y con construcciones endebles (Porras, 1987: 14); además eran atravesados por incontables canales, algunos con aguas estancadas, dado que desde esta época comenzaron a cerrarse para dar origen a las calles de tierra.

La cercanía con los grupos indígenas fue un factor determinante en la futura integración de la zona. Así, fue fundada aún dentro de los márgenes de la ciudad española la casa monacal mayor de los frailes franciscanos, en cuyo interior se fundó una enfermería para indígenas.

Pronto fueron rebasados tales límites, y la ciudad española se extendió por distintos rumbos. Las primeras construcciones de que se tiene registro correspondían a diferentes servicios: para los aborígenes, el Hospital de San José de los Naturales; y para niños españoles huérfanos el Colegio de San Juan de Letrán (Orozco y Berra, 1987: 52).

Sin embargo, no fueron este tipo de instituciones las únicas que transgredieron la línea limítrofe. Comenzaron a construirse edificaciones privadas; tal es el caso de los vestigios localizados entre las calles de Victoria y Ayuntamiento, es decir, en la antigua Tercera calle del Tecpan de San Juan. Se trató de una casa habitación con por lo menos tres épocas distintas de construcción, de las cuales la primera la fechamos hacia el siglo XVI. A ésta corresponden unas escaleras, un cuarto abovedado y posiblemente un pasillo estrecho. Además, presentaba una serie de cuartos, así como un patio, donde fue colocada una piedra que sobresalía del nivel del mismo y que resultó ser un largo cilindro de basalto (a manera de fuste de columna) que tenía unos pequeños grabados (el numeral "dos conejo", un cráneo humano y un par de huesos cruzados) de estilo azteca, por lo que suponemos que la piedra fue reutilizada en el lugar del hallazgo.

En la esquina de las avenidas Arcos de Belén y Lázaro Cárdenas fueron localizados algunos restos, ya muy ruinosos, del edificio conocido como el Tecpan de San Juan, sede de la gobernación indígena de San Juan Tenochtitlan durante la época colonial. De esta construcción, de la cual existen litografías y fotografías del siglo XIX, se localizaron algunos muros, pisos de piedra bola a diferentes niveles y cañerías de drenaje.

Si esto sucedió en la entonces parcialidad de San Juan Moyotla, hacia Santa María Cuepopan no se localizaron más restos del siglo XVI que los de los canales ya mencionados.

Un hallazgo de relevancia fueron los vestigios de la Calzada de Tlacopan, justo en la división de las parcialidades mencionadas. Esta se localizó, como se esperaba, en el cruce de la calle de Tacuba y el Eje Central Lázaro Cárdenas. Sin embargo, los vestigios resultaron muy alterados por la construcción de la Línea 2 del metro. De cualquier forma se localizó un encamado de piedra delimitado por estacas de madera, además de las jambas de un puente (construido quizás después del siglo XVI) y sedimentos de un canal (Pulido, 1993).

Este canal fue uno de los más importantes de la ciudad, ya que prácticamente la atravesaba de sur a norte. De hecho, era el mismo canal que posteriormente sería llamado de La Viga, y que entraba a la ciudad, daba vuelta en la actual calle de Corregidora, donde se encontraban el Puente de Roldán, la Alhóndiga y la Casa del Diezmo; pasaba por el costado sur de lo que fue el Palacio Virreinal (tomando el nombre de Acequia Real), seguía por la actual calle 16 de Septiembre, entrando a los terrenos del Convento de San Francisco, de los que salía por la actual calle de Venustiano Carranza y volvía a doblar en el Eje Central, tomando rumbo norte por el mismo hasta desembocar en una pequeña laguna ubicada entre Tenochtitlan y Tlatelolco, que recibió posteriormente el nombre de La Lagunilla (cfr. Carbballal y Flores, 1993).

De este canal localizamos un largo muro de mampostería que sirvió, ya en épocas más recientes (siglo XVIII, probablemente), para contener las paredes del mismo y evitar el azolve. Este muro fue localizado entre las calles de Artículo 123 e Independencia, frente a lo que fue el Colegio de San Juan de Letrán.

Posiblemente, en el siglo XIX el canal fue reestructurado al menos en parte, convirtiéndose en atarjeas, ya que se localizaron restos de las mismas justo en la dirección del antiguo canal, entre las calles de Tacuba y 5 de Mayo. Su construcción fue de paredes de piedra y tabique y su piso de lajas de cantera. Es posible que hayan estado cubiertas con lajas; sin embargo éstas no se localizaron.

## Entre la depresión, el esplendor colonial y los movimientos de independencia

En las excavaciones de la Línea 8 del metro fueron detectados vestigios del Real Hospital de San José de los Naturales, localizado en las manzanas que circunscriben actualmente las calles de Artículo 123 al norte, Eje Central Lázaro Cárdenas al oriente, Victoria al sur y Dolores al poniente. En el sitio se han localizado varias etapas de construcción, así como construcciones y remodelaciones que se hicieron al edificio en diferentes épocas. Asimismo, han quedado identificados entre los restos del propio edificio eventos detectados en la bibliografía y los registros de archivo.

Entre los fenómenos que amenazaban constantemente la región, en particular la ciudad de México, estaban las inundaciones que, incluso para el periodo prehispánico, se presentaron, causando graves daños. Se registran varias para la ciudad colonial; sin embargo, parece que la mayor memoria por los estragos que generaron fue la de 1604 (Rojas *et al.*, 1974; Ramírez, 1976), que ocasionó el deterioro de "...una gran parte de las casas de la ciudad..." (Ramírez, *ibid.*: 50), obligando la reconstrucción de los edificios. Esto bien pudo ser el caso del que aquí tratamos.

Tales reconstrucciones se deben a los diferentes sucesos que abarcaron la ciudad o sólo el edificio, como es el caso de los incendios (el más grave ocurrido el 20 de enero de 1720, que destruyó el teatro de madera que había dentro del hospital, así como gran parte del mismo, según lo afirma Orozco y Berra, *op. cit.*: 234).

De esta manera, se tienen los muros que se superponen a otros, algunos construidos con tezontle, otros con piedras de basalto y tezontle, y otros con marcos de piedra chiluca labrada. Hay vanos en los muros, que fueron tapiados en alguna época de la vida del hospital. También se observaron marcos de puertas con el umbral desgastado.

Entre los muros destaca uno con dirección norte-sur y que parece ser uno de los ejes de la construcción de la edificación, ya que se encuentra en la mayor parte de la misma y en él se observan varias de las remodelaciones ya explicadas.

De este muro se desprenden otros en sentido perpendicular; también tiene evidencias de que algunos otros muros confluyen a él, y que fueron construidos una vez que ya estaba en pie el muro principal. Con todo, es posible que este muro tenga su origen en el siglo XVIII y que se haya sobrepuesto a otro ya existente.

Estos elementos originaban espacios que, según se constató en documentos históricos, fueron salas de enfermos, enfermerías, atolerías, cuartos de mozos y acceso-

rias exteriores e, inclusive, la entrada y el patio correspondiente a las últimas épocas de reconstrucción del hospital.

Cabe destacar que se localizaron varios tipos de pisos, que se asocian a diferentes usos específicos del suelo y a diversas épocas. Entre ellos se descubrieron pisos de madera (enduelados, con sus respectivas vigas y estacas de soporte), pisos de piedra bola, que correspondían posiblemente a patios internos abiertos, y pisos de lajas de basalto (?), que se localizaron en lo que fue la entrada principal del edificio en el siglo XVIII.

Si bien este acceso se localizaba en la fecha mencionada sobre el hoy Eje Central, tenemos el dato de que para el siglo XVII aún se entraba a la edificación por la entrada que daba hacia la actual calle de Artículo 123, cuando el edificio tenía instalaciones más reducidas.

Uno de los hallazgos de gran relevancia fueron los restos óseos de más de 430 individuos, localizados en diferentes niveles y en varias secciones del edificio. La mayor parte de los mismos fueron enterrados masivamente, práctica común en la época (Venegas, 1973: 22). Incluso se localizaron varios osarios con restos removidos y que seguramente fueron depositados originalmente en otra parte del edificio. Otros entierros se encontraron formando pequeños grupos de dos y tres individuos, y aún algunos enteramente solos.

La mayor parte de los entierros fue depositada directamente en la tierra; sólo tres de ellos fueron localizados en cajas de madera. Asimismo, la mayoría carecía de objetos asociados. En algunos casos, se encontraron pequeñas cruces metálicas, en otros collares o amuletos (generalmente manitas cerradas cuyo pulgar se encontraba entre los dedos índice y medio).

Entre todos ellos destacan tres infantes localizados con restos del armazón que formó la corona floral con la que fueron enterrados; además, tenían sobre su pecho restos de lo que pudo ser una cruz de madera.

Hubo un esqueleto que mostraba quemaduras en varias costillas y en algunas vértebras cervicales, junto con perdigones en las mismas áreas, así como agujas en la región quemada de las costillas. Es posible que el individuo, que llegó herido al hospital, haya muerto cuando lo atendían (López Wario, en preparación).

Otros casos mostraban indicadores de marcadas enfermedades como sífilis, osteoporosis y reumatismos. Así también, se detectaron algunos restos con procesos quirúrgicos varios: trepanaciones, amputaciones y otros.

La edad de los individuos variaba entre nonatos, infantes, adolescentes y adultos jóvenes. En cuanto al sexo, los hay masculinos y femeninos. Por lo que toca a su filiación étnica, existen tipos amerindios, negroides y mestizos (Meza y Báez, comunicación personal).

El por qué de la gran cantidad de entierros en esta zona ha sido contestada desde tres perspectivas: a) es posible que la mayor parte de los individuos allí depositados sean producto de los decesos causados por las diversas epidemias que asolaron la región; b) otros pueden relacionarse con las catástrofes habidas en las propias instalaciones; c) el resto puede deberse a la vida misma del hospital, esto es, a muertes ocurridas durante el proceso de curación, o producto de las clases que allí se impartían.

En el caso de las epidemias, éstas se presentaron en la región con frecuencia desde la Conquista; se mencionan varias que ocasionaron grandes perjuicios. Entre ellas mencionaremos sólo las de 1691 y 1692, así como la de 1695 para el siglo XVII, en tanto que en el siglo XVIII aparecieron dos connotadas, en 1736 y 1779 (Venegas, *op. cit.*). Es posible, por el registro arqueológico detectado en los niveles estratigráficos en que se encontraban los restos óseos, que éstos se deban a cualquiera de éstas, inclusive a varias de ellas. Esto es más claro si se enfatiza la siguiente cita, escrita en la época de la penúltima epidemia: "Desde luego comenzaron a llegar a la ciudad (de México) los apesados, que por ser casi todos de la clase indígena se enviaban al Hospital Real" (Venegas, *ibid.*:28-29).

Estos vestigios representan un periodo muy extenso, dado que el hospital fue construido hacia mediados del siglo XVI (el inicio de su construcción fue entre 1553 y 1556; Orozco y Berra, *op. cit.*: 233), aunque no en toda la extensión que ocuparía finalmente, y reconstruido, como mencionamos, en varias etapas, y fue ocupado como tal hasta el año de 1882, desapareciendo por decreto el 21 de febrero, cuando se destinó el edificio a otros usos, como talleres, vecindario y comercios (aunque éstos ya funcionaban durante la última época de vida del hospital).

Finalmente, aunque de épocas más recientes, fueron detectados algunos otros elementos, entre los que se cuentan ductos de drenaje, hechos a base de tabiques y tubos de cerámica variada, así como pisos y muros también de tabiques, que evidencian alteraciones de la superficie de la construcción en sus últimas fechas.

Es necesario mencionar, por lo raro, un hallazgo registrado entre los muros del edificio que corresponde también a fechas más o menos recientes; inclusive, se ha fechado, por el sistema constructivo, hacia el siglo XIX. Se trata de un brocal redondo, hecho de tabique rojo y recubierto con argamasa, que originaba un pozo artesiano, cuyas paredes estaban limitadas por tablones que eran sostenidos por rodetes de madera. Asociadas al mismo se localizaron varias camas de gruesas vigas, que hacían una trama cuadrículada y a su lado los restos de una caja de madera de aproximadamente 2 por 1.5 m. Esto debió

ser un sistema refrigerante, ya que los materiales de construcción y la disposición de los mismos conservan una gran humedad.

Entre la Avenida Juárez y la calle 16 de Septiembre fueron localizados algunos elementos constructivos de una casa o taller, y vestigios del templo y convento de monjas de Santa Brígida. Del taller o cocina de la casa fueron encontrados restos de unas grandes ollas *in situ* y a la misma altura, aunque en otro extremo del cuarto, una piedra larga con una acanaladura (a manera de gárgola) y, entre estos dos vestigios, alguna cantidad de mercurio.

Contiguos a los restos anteriores, hacia el sur de los mismos, fueron localizados los muros y cimientos del convento y templo de Santa Brígida. Entre ellos destaca el cimiento del muro externo de la construcción, que se desplazaba por toda el área de la excavación. De él se desprendían otros muros de menor espesor en sentido perpendicular y que originaban diversas dependencias, entre ellas el muro con el vano (que alguna vez fue tapiado) del acceso al convento, una serie de muros con recubrimiento de azulejos de talavera, al igual que el pretil circular de una pila de agua. Todos estos elementos correspondían al siglo XVIII, dado que la construcción del edificio se llevó a cabo entre 1740 a 1744 (Rossell, 1979: 343).

Al sur del muro de acceso al convento, se localizó un patio formado por lajas cuadradas de basalto, que se extendían a lo largo de varios metros y que, por lo mismo, supusimos era el atrio del templo. Esto fue ratificado cuando en la excavación del núcleo del cajón se detectaron las jambas de la entrada al mismo, hechas de piedra chiluca labrada.

Sin que podamos precisar la fecha de construcción, entre las calles 16 de Septiembre y Artículo 123, cerca de ésta, se localizó un muro de mampostería bajo el arroyo del actual Eje Central. Este muro tenía una dirección norte-sur y una profundidad propia mayor de un metro, así como un espesor considerable y estaba soportado por pilotes de madera. Posiblemente se trate del muro de contención de la acequia que atravesaba el convento de San Francisco, daba vuelta en la esquina de Venustiano Carranza-Artículo 123 y Lázaro Cárdenas y desembocaba en La Lagunilla.

En la confluencia de los ejes Central, 1 Norte y la Avenida Paseo de la Reforma, se localizó una serie de restos óseos humanos que interpretamos como parte del Panteón de Santa Paula. Este hallazgo consistió en una gran cantidad de huesos largos y cráneos humanos removidos de su lugar. Esto es consecuencia de que originalmente el panteón —del cual no se localizaron los restos— estuvo construido con base en gavetas (por lo menos una

parte del mismo) y cuando se demolió, los restos óseos fueron reinhumados, casi a ras del suelo. El panteón fue fundado en 1784, por el entonces arzobispo de México, Alonso Núñez de Haro, al lado del templo de Santa María la Redonda (Romero, 1988: 145). Sin embargo, Marroqui (1969: 180-181) apunta que fue inaugurado el 28 de febrero de 1786, entregándolo (*sic*) al Hospital de San Andrés, dado que por insuficiencia de su propio cementerio se generó el de Santa Paula.

Por otro lado, entre las calles de Vizcafnas y Delicias, sobre el Eje Central Lázaro Cárdenas, fue localizada una gran cantidad de huesos de res, producto, al parecer, de matanza y destazamiento, ya que por la zona se encontraba un rastro hacia el principio de la época colonial; no obstante, éste no fue identificado arqueológicamente y las fuentes, por su parte, no lo ubican con precisión.

Asimismo, sobre el Eje Central fueron localizados muros de casas habitacionales que se encontraban a lo largo del mismo; en general correspondían a construcciones de mampostería, fabricadas de tezontle con argamasa de cal y arena, recubiertas del mismo material y con pintura en colores ocres y, sobre todo, rojo.

Se desprende de lo anterior que muchas construcciones estaban edificadas sobre el actual arroyo, por donde hoy transitan los vehículos y se desplaza el metro, por lo cual la antigua avenida, que tuvo varios nombres a lo largo de este tramo (Niño Perdido, San Juan de Letrán, Aquiles Serdán, entre otros), era menos amplia de lo que es hoy.

Por ello y para dotar a la moderna ciudad de mejores vías de tránsito, hacia la segunda mitad de la década de los años veinte, bajo la influencia del entonces secretario de Hacienda Alberto J. Pani (Romero, *op. cit.*: 226), se decidió demoler los edificios que hoy han desaparecido y que, por otra parte, no estaban alineados, dando paso a la arteria que ahora existe.

## Bibliografía

- Carballal S., Margarita y María Flores H.**  
1993 "El barrio prehispánico de Atezcatzonco La Lagunilla, ciudad de México", en *Boletín de la Subdirección de Salvamento Arqueológico*: 33-37.
- Caso, Alfonso**  
1956 *Los barrios antiguos de Tlatelolco y Tenochtitlan*, Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, sobretiro 1, tomo XV, México.
- Cortés, Hernán**  
1978 *Cartas de Relación*, Editorial Porrúa, México.
- Durán, Diego**  
1967 *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, Editorial Porrúa, México.
- Kubler, George**  
1982 *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, FCE, México.
- Lombardo de Ruiz, Sonia**  
1970 *Plaza de las Vizcafnas*, Departamento de Monumentos Coloniales, INAH, México.
- Marroqui, José María**  
1969 *La ciudad de México*, Jesús Medina, editor, México.
- Ramírez, José Fernando**  
1976 *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México*, SEP-INAH, México.
- Rojas, Teresa, Rafael A. Strauss y José Lamelas**  
1973 *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales del Valle de México*, SEP-INAH, México.
- Romero, Héctor Manuel**  
1988 *Delegación Cuauhtémoc*, DDF, México.
- Rossell, Lauro**  
1979 *Iglesias y conventos de México*, Editorial Patria, México.
- Porras Muñoz, Guillermo**  
1987 *Reflexiones sobre la traza urbana de la ciudad de México*, DDF, México.
- Pulido Méndez, Salvador**  
1993 "La calzada de Tlacopan y uno de sus puentes, rescate en la Línea 8 del metro de la ciudad de México", en *Boletín de la Subdirección de Salvamento Arqueológico*: 3-7.
- Orozco y Berra, Manuel y José María Lafragua**  
1987 *La ciudad de México*, Editorial Porrúa, México.
- Torquemada, fray Juan de**  
1975 *Monarquía indiana*, Editorial Porrúa, México.
- Venegas Ramírez, Carmen**  
1973 *Régimen hospitalario para indios en la Nueva España*, SEP-INAH, México.